

II

Llevo exactamente veintiocho años muerto,
lo sé porque hoy es el día de mi cumpleaños
y tengo que madrugar para ir a verla al hospital.
Necesito estar a su lado, no quiero
volver a apagar las velas de mi tarta,
atrapado en la soledad del fondo de la tierra.

Es hora de despertar, voy a llegar tarde.

Las tardes siempre llegan a la misma hora, mentirosas,
como las mañanas que nacen enfermas, y puntuales,
como los gusanos aparecen en los cadáveres.

Ella me espera, tengo que levantarme.

Me levanto de la cama de un salto,
y voy a su encuentro desnudo.
En la calle todos me miran,
y se ríen del asco al descubrir en mí
la calavera que todos llevamos dentro;
avergonzado, echo a correr;
pero, no consigo coordinar mis pasos.

He de darme prisa, no puedo perder tiempo...

Sin tiempo para sincronizar mis piernas
doy un salto y me quedo suspendido en el aire.
Sobrevuelo llanuras de cabezas verdes,
y me arranco los dientes con la lengua,
tan sólo me quedan ocho,
y creo que...

son las ocho

*de la mañana,
las siete
en Canarias.*

EL DESAYUNO

En un tazón de leche semidesnatada
naufra una patera de hombres negros:
caen, desde lo alto, cereales de chocolate,
como los restos chamuscados
del accidente de un avión de pasajeros.

El desayuno está demasiado caliente,
ningún superviviente en el incendio;
embelesado en las alas de la mosca
espero a que se enfríe
mientras el hambre aletea
en barrigas llenas de insectos.

En intervalos de tres segundos:
mastico, trago y bebo,
y cuento al revés...
Contengo la respiración,
y al volver a empezar
chocan dos coches de frente
con cinco personas dentro.

Recojo la mesa,
 apago la televisión,
salgo de la cocina...
 y al mirar hacia otro lado,
el pensamiento regresa, despreocupado,
a su confortable agujero.

CADA DÍA REGRESO

Creo que llegamos hasta allí...
montados en una cabina de teléfono,
que encontramos de madrugada, en la esquina
de una calle con las farolas fundidas.

Puede que los automóviles
circularan por encima de nuestras cabezas
y el horizonte fuera un parabrisas empañado,
tan hermético, que apenas dejase entrar
a las sirenas de las ambulancias.

Es posible que nos encontráramos
en un portal deshabitado,
hecho a nuestra medida
o en un edificio en obras
escondidos detrás de las hormigoneras.

Tal vez se tratara de un lugar
similar a aquella sala de cine vacía
donde nos amordazábamos a las butacas
con besos y caricias.

De lo que sí estoy totalmente seguro,
es de que aquel rincón insondable,
que dejamos anclado en la memoria,
es al mismo sitio que regreso
cada vez que vuelvo a abrazarla.

SILENCIO DE OFICINA

A veces el salvapantallas del ordenador
deja de ser una playa paradisíaca
para convertirse en un cristal translúcido,
donde la mirada se detiene
en la contemplación de sí misma
hasta perderse hipnotizada,
como ante la luz paralizante del fuego.

Hay días que claudican los fluorescentes
ante el poder de los rayos regenerativos
de un sol invencible,
o me sorprende la lluvia en la oficina
con la impresora escupiendo
cataratas de tinta, y las facturas de mudanza
a los más recónditos y desconocidos
arrecifes marinos.

Pero, también el silencio,
que gobierna en el fondo del mar,
acostumbra a visitarme de repente
para hablarme de ella;

y, tras la ventana, no existe nada más,
que un paisaje adicto al sonido de su risa:
Golpes de viento, cristales temblorosos,
aspas de molinos, cortando las líneas blancas,
que dejan los aviones en el cielo:
soledad tan aterradora, como
las noches de invierno en las playas.

Los dedos de mis manos
continúan pegados a las cuatro teclas
que necesito para volver
a escribir su nombre,

pienso en los minutos
que quedan para llegar a casa...

y me afano por encontrar,
entre las palabras que mejor la definen,
la letra, que me está descuadrando el saldo.

UNA MUJER

En la propiedad privada de los sueños,
debajo de los barrotes doblados de las jaulas,
un topo cansado del olor de los sótanos
asomó con valentía la cabeza,
se barrió las telarañas de los ojos,
respiró con fuerza,
y tomó el impulso definitivo
que le desenterró por completo.

Desnudo, en la superficie,
esperó unos minutos más
hasta que se abrió la puerta
del refugio impenetrable del dormido...

Un rebaño disperso de serpientes desangradas
se expandía a dentelladas a lo largo
de su sajada piel de años coagulados a golpes.
No tuvo que pellizcarse para darse cuenta
que había despertado, había regresado
a la realidad de su celda.

Reencarnada en el protagonista de su sueño,
trituró los escombros amenazantes de su futuro,
y en el aire distinto de una vida recién parida
desintegró el hedor hipnótico
de un amor putrefacto.

Hoy, ha terminado de enterrar
todas sus posesiones
en el hoyo más hondo del olvido,
y, por primera vez, ha sentido
la felicidad de la victoria al darse cuenta
de que aquel que nada tiene
es inmune a la derrota.

David Carretero Martínez

davidcarretero@infor4.com